

Dossier de prensa



**El encuentro crucial de tres culturas  
—China, india y el mundo recorromano—  
en un mismo tiempo y lugar: el océano Índico  
en los albores de nuestra era.**

**BIBLIOTECA DE ENSAYO**  
Ediciones Siruela



## FERNANDO WULFF ALONSO

(Santiago de Compostela, 1955) es catedrático de Historia Antigua en la Universidad de Málaga. Ha trabajado, en particular, sobre la Roma republicana y sus modelos de dominación —*Sin noticias de Italia* (2021)—, sobre personajes femeninos poderosos de las épicas, desde Mesopotamia hasta el *Cantar de los Nibelungos* pasando por la *Ilíada* y la *Odisea* —*El peligro infinito* (2015)—; sobre historiografía y usos de la historia en la construcción de identidades colectivas —*Las esencias patrias* (2003)—, y sobre las relaciones del mundo grecorromano con la India —*Grecia en la India* (2008)—. Fruto de su interés de los últimos años en la historia global del mundo antiguo, y en particular desde la perspectiva de la historia de la cultura y el pensamiento, surge *A orillas del tiempo*.

PUBLICACIÓN: 28 de febrero de 2024  
BIBLIOTECA DE ENSAYO MAYOR n.º 141

Historia de la cultura

528 págs. rústica con solapas

Thema: NHC

ISBN: 978-84-19942-26-5

PVP: 26,88 / 27,95 €

Disponible en e-book



9 788419 942265

Fernando Wulff

# A ORILLAS DEL TIEMPO

Historias entre mundos  
dos mil años atrás

«Cuando la realidad se vuelve inquietante y confusa, debemos retornar a cuanto hizo posible lo mejor de nuestra Humanidad. A ello nos invita esta obra sorprendente, emocionante, deslumbrante y reveladora. Uno de esos libros realmente imprescindibles».

ANTONIO BASANTA

La inmediatez de la actual globalización nos hace a menudo olvidar que esta es solo una más de todas las que nuestro mundo ha conocido. La primera, hace alrededor de dos mil años, fue el momento con mayores conexiones de la historia, pero también el de mayor extensión del pensamiento y la cultura escrita, cuando surgen o se consolidan las culturas grecorromana, china e india.

Tres miradas y tres viajeros —Trajano, Gan Ying y Sahadeva, personaje de la épica india— servirán en este libro para corporeizar en toda su plenitud una esfera compartida que canta a muchas voces, tan diversas como las fuentes documentales utilizadas para escribirlo: estatuas, tesoros, monedas, contratos, discursos, debates, poemas, manuales sobre el Estado, la buena vida o la salud, reflexiones sobre la condición de las mujeres, intentos de medir el mundo...

Decía Antonio Gramsci que todo ser humano es un intelectual. Dotados de palabra y pensamiento, cada uno de nosotros somos, pues, pura circulación de informaciones y de reflexiones y, como afirma Wulff en estas páginas, «los habitantes de una única bola contenida en una improbable burbuja que surca el espacio. Nuestra historia no es que refleje esa unidad, es que es esa unidad».

# Índice

## TRES MIRADAS

1. Tres miradas
2. Cuando Heracles le espantaba las moscas a Buda

## TRAJANO A ORILLAS DEL TIEMPO

3. Trajano a orillas del tiempo
4. La larga sombra de Alejandro y el arte de juzgar emperadores. Trajano ante el tribunal
  5. Una cabeza cortada y un actor improvisando
  6. Siguiendo mar adentro la mirada de un emperador romano
  7. Conversaciones que no tuvieron lugar. Noches en Kashgar
  8. Más conversaciones en los confines del mundo
  9. Una ruta de ascetas que se inmolan
10. Reinas en fuga, imperios mundiales, naufragos y embajadores
  11. Frases, gestos, cadáveres. Alejandría del final al principio
  12. Sobre la mortalidad de los reyes y algunos de sus asesinatos.  
Más conversaciones imaginarias
  13. Tiranos, filósofos y una cofradía internacional de sabios
  14. Cartas de soldados, mujeres y otras gentes del común
15. Deportes, pasiones y algaradas en el centro del mundo. Indios en Alejandría
  16. Alejandro, Alejandría, los extraños caminos de las historias
17. Los no menos extraños caminos del uso del pasado y del futuro. Algunos apocalipsis
  18. Del rey que inventó una casta y otras noticias de navegantes de antaño
  19. Irse a la India en vacaciones. Esclavos, falsos profetas y estudiantes
  20. Documentos banales y despliegues de flotas transmarinas
  21. Pimientas, algunas recetas y una internacional de cocineros
  22. De cuerpos femeninos desnudos, sedas, volcanes y escándalos
  23. Naufragos, perseguidores de vientos y barcas que se llaman caballo
  24. Indios en Egipto y en la ruta. De escrituras, estatuas y cuevas

25. La India y otras historias para contar mentiras y buscar verdades

26. Partiendo al fin hacia el Indo y China

## MIRANDO AL LEJANO OCCIDENTE

27. Mirando al Lejano Occidente

28. De una matanza nocturna y una entrada en la historia

29. Geografías, espacios, guerras, intereses. La gran llanura euroasiática

30. Guerras, rebeliones campesinas y la fundación de una dinastía

31. Alrededor del emperador Wu. Exploraciones al occidente del imperio y pueblos en fuga

32. De un emperador desmesurado y de un encuentro de mundos

33. Más geografías imaginarias en huida. Tiempos para pensar el pasado

34. Un historiador mutilado entre intrigas y escrituras

35. Debates sobre fronteras en una corte nada serenísima

36. Tantas cosas que no sabemos y otras que sí. Tiempos de doctrinas y eclecticismos

37. Al otro lado y en otro sitio. De las muchas estrategias para vivir y sobrevivir

38. De cortesanos, historiadores y otros peligros. A propósito de la familia Ban

39. Del anciano general que dejó finalmente la frontera para morir en casa

40. Una última conversación crepuscular en ningún sitio

41. Una educación para las mujeres y una habitación propia

42. Sutiles poemas femeninos y animales exóticos

43. Sobre conversaciones imaginarias de mujeres de un lado al otro del continente e inscripciones en Egipto

44. El año en el que se inventó el papel

45. Sobre conversaciones en el tiempo, poemas, muertos, prisioneros y otra definición quizás prescindible de la cultura

46. Hacia el Asia central. Ciudades, despedidas, murallas y lejanías

47. Tres viajeros en el tiempo

48. Soldados, monjes, escrituras, bibliotecas

49. Tesoros en el desierto y más miradas en el tiempo

50. Caballos, gusanos y otras buenas y no tan buenas compañías

51. Rutas, engranajes y los posos del encuentro

- 52. Sofito de Narato, Clearco, que vino de Delfos, y el embajador Heliodoro
- 53. Cartas desde la India de un emperador converso
- 54. Del rey griego que se convirtió al budismo y de la prostituta que paró un río

## DE CÓMO ROMA FUE SOMETIDA POR EL EMPERADOR DE LA INDIA

- 55. De cómo Roma fue sometida por el emperador de la India
  - 56. Tres textos, dos revoluciones y un dios en apuros
  - 57. Algunos monstruos de ida y vuelta
- 58. Cuando el océano Índico recibió su nombre y otras singladuras de marineros
  - 59. Un sabio viajero en la India y diversos pareceres y competencias
  - 60. Prédicas de iluminados y educación de soberanos
  - 61. En otro orden de cosas. Tomás en la India
- 62. Entrevistas con viajeros indios. La India en un pensamiento global
  - 63. Comercios, naufragios y princesas casaderas
- 64. De los muchos recursos de una religión universal y algunos de sus cambios
  - 65. Estupas, vidrios, 550.000 monedas y otros encuentros
  - 66. Encuentros con muchos maestros y con algunos descreídos
  - 67. Cómo organizar un Estado y sus finanzas.  
El denostado Megástenes y el imperio de Chandragupta
- 68. Variada instrucción para príncipes en desgracia y Estados en bancarrota
- 69. De los saberes necesarios para hombres de mundo y de cuerpos en el placer
  - 70. De vividores, monos, reyes y otros hablantes del sánscrito
  - 71. Voces de mujeres al final de los tiempos

## AÚN MÁS ALLÁ

- 72. Aún más allá. Noticias de varias Zomias
- 73. El contra-experimento América y otras andanzas y peripecias de una especie parlanchina
  - 74. Tiempos de escrituras, palabras, imágenes y encuentros
  - 75. De cómo ninguna cultura humana nos es ajena

Notas



# Fragmento de *A orillas del tiempo*

## TRES MIRADAS



Relieve de Gandhara (s. II). En el centro; Buda; a su izquierda, Heracles Vajrapani. Museo Británico.

## 1 Tres miradas

Este libro tomará como guía tres miradas que se cruzaron en el océano Índico hace casi dos mil años. Basta seguirlas y nos llevarán, esperemos, hasta buen puerto en un momento excepcional de la historia del planeta: la primera globalización de los viejos continentes. Es el encuentro de tres mundos y sus respectivas miradas, pero también de muchos más.

De todos ellos hablaremos dejando fluir las historias que los conectan, a veces directamente y otras a partir de un latido común que los une entre sí, más allá del espacio, y que los une también a nosotros. Hay quienes pensamos que si es cierto que el corazón tiene razones que la razón no conoce, las historias tienen razones que ni el corazón ni la razón conocen. Dejemos, pues, que nos hablen.

Las tres miradas partieron de tres lugares y de tres personajes distintos.

La primera, en el año 116, es la de un emperador romano, Trajano, que mira hacia el Oriente, a la India, desde el golfo Pérsico. Ha llegado allí en una campaña militar victoriosa, aunque nada exenta de peligros, tras entrar en el territorio del imperio enemigo de Roma, el parto, y bajar por el río Tigris.

Ya en el golfo Pérsico, el triunfante emperador ve un barco que se dirige a la India. Lamenta entonces no poder viajar allí dada su edad. Las cosas no irían muy bien para él en adelante, y ese lamento no será el único, pero eso es otra historia, y nosotros lo dejaremos por ahora en ese lugar, junto al mar, oteando, deseando. No será por mucho tiempo. Con él empezaremos nuestra ronda de miradas y de historias.

La siguiente mirada es la de un legado chino, Gan Ying, y sucede apenas un poco antes, en el año 97. Podríamos imaginarla encontrándose con la de Trajano en algún punto intermedio, porque la dirige precisamente a Occidente.

Gan Ying había sido enviado por Ban Chao, General Protector de las Regiones Occidentales, para llegar a Roma y conectar los dos imperios, los dos mundos, y hacerlo saltando por encima de los partos, inevitables intermediarios en la vía terrestre. La China de los Han, una dinastía ya entonces con casi trescientos años, sabe muy bien qué es y dónde está Roma. Otro Han había abierto dos siglos antes las rutas que iban de China al Asia central occidental, a los lugares donde Alejandro Magno se había visto obligado a detener su avance. Gan Ying las sigue, llega al Asia central occidental y continúa hacia el sur arribando al mismo mar que Trajano.

Al llegar a un determinado lugar, que hoy desconocemos, renuncia a seguir su viaje asustado por lo que, quizás de manera interesada, le dicen acerca de la duración de su viaje. Su mirada no es tan firme: empieza con esperanza, pero acaba también teñida por la frustración. El tiempo, aunque de otra manera, tiene que ver directamente con ello. Y tiene aún más que ver con quien lo manda, el general Ban Chao, que se siente, como Trajano, ya viejo. Pronto Ban Chao volverá a la capital tras muchos años en las remotas tierras occidentales y entre los éxitos que se le reconocerán no estará el de cumplir el sueño que encarnaba su enviado.

La tercera mirada es la más elusiva de todas. Pertenece a Sahadeva, personaje de una épica india que puede muy bien haber sido escrita por estos años, el *Mahabharata*. Sahadeva, uno de los cinco hermanos Pandavas, llega a un lugar de la costa noroccidental de la India, del que sabemos algo más que del lugar al que llegó Gan Ying. Está cerca de una ciudad que conocemos en su nombre en griego y en sánscrito, Bharukaccha y Barígaza, que aún existe hoy, Bharuch, en el Gujarat. Con otros tres hermanos suyos se ha repartido los puntos cardinales, sometiendo tierras para quien será proclamado pronto, en una fastuosa ceremonia, como emperador del mundo: su hermano Yudhishtira.

Desde ese lugar Sahadeva envía emisarios a Roma, a Antioquía y a la «ciudad de los griegos», Alejandría de Egipto seguramente, para que acepten su sometimiento a Yudhishtira. Todos ellos lo hacen y Sahadeva sigue su camino hacia la rica Bharukaccha, donde su prudente rey también se someterá a quien pronto será coronado como emperador del mundo.

Podemos contarlo así y seguir camino, pero también podemos mirar no al Occidente que habría de contener a la Roma sometida, sino a la mirada que se esconde detrás de Sahadeva. La pregunta importante, como tantas otras veces, es quién cuenta la historia, quién nos hace imaginar al personaje, quién nos lo presenta mirando a



Roma y Occidente y proclamando a través de los emisarios el poder universal de ese monarca al que pronto se unirá.

Es la pregunta que nos hace salir de la fascinación de la historia a otro lugar no menos apasionante: el autor. Si cada ser humano es un mundo, un autor es el inventor de universos que lo trascienden. Y pensar en los autores es pensar en las sociedades de las que vienen y a las que se dirigen. Y en qué y cómo y para qué les devuelven reelaborada su imagen del mundo.

Aunque de otra manera y con otro sentido también ocurre lo mismo con Trajano y Ban Chao: alguien escribe lo que hacen, y otros más intervienen para que sus acciones lleguen a nosotros. No en todas las culturas existe la historia como disciplina, como vehículo para memorializar el presente y pensar el pasado. Por suerte, en Roma y China sí. La épica construye pasados también, pero de otra manera. Roma y China están presentes y son vistas bajo el prisma de su dominación desde una India en la que el autor del *Mahabhárata* sueña imperios que no existen. De todo esto también hablaremos.

La historia del mundo, la de los viejos continentes, y la del euroasiático en concreto, se ha presentado tradicionalmente como la historia de unos espacios o culturas que no se relacionan entre sí o, si acaso, lo hacen para la guerra. Cabría decir lo mismo de la historia de zonas más pequeñas dentro de ellos, empezando por los Estados, del pasado y del presente.

No está siendo fácil el proceso que nos lleve a aceptar con responsabilidad que no somos otra cosa que habitantes de una única bola contenida en una improbable burbuja que surca el espacio. Nuestra historia no es que refleje esa unidad, es que es esa unidad.

Es esa perspectiva que lo aísla todo la que hace que no se conozca suficientemente que durante los siglos I y II de la llamada «era común», la China Han y el Imperio romano conocían de la existencia de sus dos imperios, que había redes comerciales que los comunicaban. Y de la misma forma tampoco se sabe que el subcontinente indio vivió uno de sus momentos más creativos y más abiertos en el contexto de esos mundos en contacto y que una dinastía, los Kushanas, dominaba su parte septentrional y el Asia central. Si añadimos el Imperio parto ocupando Mesopotamia y las mesetas iránias hasta la India, cerramos el panorama de las cuatro grandes potencias del momento.

Es esa misma dificultad la que hace que no se valore suficientemente que desde el Egipto romano, el noreste de África y Arabia se pudiera llegar por mar no solo a la India, sino seguir hasta Vietnam y China, y el que las rutas terrestres llegaran aún a más lugares.

Quisiera contar aquí cómo se produjo todo esto. Y hacerlo, además, desde la riqueza que nos ofrece ese momento floreciente de encuentros, lleno de palabras y de testimonios materiales. Habrá historias de los tres espacios de donde provienen esas tres miradas y sus alrededores. Cada capítulo de los setenta y cinco de este libro contiene al menos un fragmento, una tesela de un mosaico con el que dar pie a la

imaginación. Hay bastantes fuentes y son lo bastante apasionantes como para que nuestras conversaciones con ellas no requieran de grandes invenciones. Casi basta presentarlas y dejarlas hablar.

Iremos apuntando también a las enormes implicaciones de la primera globalización del continente euroasiático y África, aún no lo bastante reflexionadas en su alcance. Lo que hace que sea realmente global el período, digamos, entre los siglos II a.e.c. y II e.c. no es solo que se conecten las sociedades urbanas del Atlántico y el Mediterráneo con el Índico y el Pacífico, ni tampoco que esa conexión vaya unida a su multiplicación. Se olvidan otros ámbitos y de no menor importancia y dimensiones.

Hay dos que no suelen tenerse en cuenta, sin los cuales no se entiende el continente euroasiático, y que también se conectan ahora como nunca lo habían hecho: el mundo nómada de las estepas euroasiáticas y las zonas continentales, peninsulares e insulares del sureste y noreste asiático, de Birmania a Vietnam y de Corea a Japón.

Y hay que añadir África, de la actual Mauritania hasta más allá de Zanzíbar, pasando por el Mediterráneo y el mar Rojo.

Hablaremos de todo ello y no solo de encuentros. Veremos contactos, influencias y reinterpretaciones, pero también paralelismos que sorprenden precisamente porque tienen lugar sin influencia exterior. El momento de mayor contacto de la historia del mundo hasta entonces es también el de mayor expansión de la escritura y del pensamiento de la historia. Las diferentes sociedades no son más que posibles combinaciones de nuestra condición de humanos. Ahora se muestran a nuestra mirada como un regalo que se abre. Ese encuentro de mundos vino para quedarse, continuó hasta nuestros días sin interrupciones y trajo muchas cosas, buena parte de ellas forjadas al calor del encuentro. Es suficientemente impresionante quizás recordar, por ejemplo, que el budismo se expande desde la India hasta China y más allá asumiendo las formas del arte grecorromano. Puede ser este un buen comienzo para que nosotros también empecemos a otear horizontes.

## 2 Cuando Heracles le espantaba las moscas a Buda

Esta imagen que presenta el título me impresionó hace ya muchos años, cuando la vi por vez primera, y me sigue pareciendo una de las mejores representaciones posibles de todo lo que entonces pasó y también un buen prólogo de lo que quiero apuntar en este libro.

Lo que se representa no es difícil de entender a primera vista. Tenemos a un lado un personaje en meditación, sentado sobre una pequeña plataforma. Un árbol lo resguarda. Alrededor de su cabeza, un nimbo, un halo que marca su santidad. En

la mano derecha nos muestra algo. La izquierda reposa sobre su pierna. Bastaría, y sobraría, esto para saber quién es: Buda, el «despierto», el Iluminado.

Tampoco es difícil identificar al personaje a su lado. ¿Quién puede ser ese varón barbudo, semidesnudo, fuerte, que mira arriba y blande una maza en su mano derecha, sino Heracles, Hércules, el héroe griego y romano por excelencia?

Salvo algunos detalles, nada de lo que vemos es extraño. Lo que sí es extraño, claro, es que los dos personajes estén juntos. Para entender lo que hacen allí, empecemos por mirarlos un poco más.

Si vemos la finura de la representación —de las hojas del árbol, de la cara de Buda, de las ropas...— es fácil entender que no es casual el juego del artista con las proporciones de los personajes. El cuerpo entero de Heracles —del siempre gigantesco Heracles— es de pie más pequeño que el cuerpo sentado de Buda. Hasta su brazo en alto no supera la altura del pelo del Iluminado, recogido en un moño. Que las (des) proporciones son buscadas se ve claramente también en las orejas de Buda, grandes para percibir la sabiduría, la enseñanza que luego transmitirá.

Para comprender lo que está ante nosotros, empecaremos por el viejo conocido. El Heracles que está aquí, el que ayuda, no está nada lejos de lo que hacía en las historias en las que acababa con un rey que asesinaba viajeros o con un monstruo, o de lo que se esperaba que hiciese cuando se le llamaba para que ofreciera protección ante un peligro. Es el Heracles *soter*, salvador, uno entre los muchos Heracles, pero también el más presente.

No vinculado a una guerra como otros héroes griegos, al contrario que Aquiles o Héctor, por ejemplo, ni a una ciudad como Teseo o Eneas, ni a un viaje como Jasón u Odiseo, es el héroe y luego dios de todos. Está aquí de mero personaje secundario, pero no lejos de quien solía ser.

Ninguna representación de una meditación de Buda es banal y esta menos que ninguna. Es la proto-imagen y la proto-meditación. Hasta el árbol tiene un nombre, conectado de la manera más directa al suceso y al personaje que alberga, *Bodhi*, el árbol de la iluminación.

Buda, como cuentan sus historias y como saben los fieles que veían y ven la imagen, había sido uno más entre los que buscaban una iluminación que le permitiera conocer las claves de la realidad y había hecho ya lo más importante: aprender muchas cosas que no lo conducían a ninguna parte.

Lleva muchos días bajo el árbol y va a descubrir la verdad, que luego contará al mundo ofreciéndole esperanza. El mensaje no es la existencia de las reencarnaciones ni el carácter trágico de la vida, de todas las vidas que se suceden. Esto se da por sabido. Lo que revela es que esa cadena de penas y decepciones tiene solución y que él ha experimentado el camino para obtenerla.

Nos lo muestra en la palma de su mano: como la flor de loto que sale del barro o del agua sucia, así la verdad, el camino, la esperanza, lo puro, la belleza que sale de la dureza y la impureza del mundo.

Ahora podemos entender qué hace ahí Heracles. Hay enemigos de la iluminación, seres que quieren mantener el mundo en tinieblas, como las moscas que se posan sobre nosotros y nos distraen. Heracles está alejándolos: su maza protege a Buda y su mensaje de salvación, y así, atento, mira arriba y defiende y amenaza.

Mirándolo desde el mundo grecorromano que lo vio nacer y hacerse múltiple, que es muy probablemente el mundo del autor de esta obra que admiramos, solo hay algo que extraña en su representación: el objeto que sostiene en su mano izquierda. No es en sí mismo ese objeto lo que sorprende. Desde hacía siglos había representaciones muy parecidas, en monedas, en particular: es un rayo. Se trata del arma de Zeus, la que le convierte en el Zeus Keraunos o Keraunobolos, lanzador del rayo, pero no únicamente de él, también de Atenea, por ejemplo. Lo que sorprende es que lo lleve Heracles.

Es un detalle iluminador. Desde el otro lado, desde el mundo al que se dirige la obra, el personaje no es Heracles, o no es solo él, es Vajrapani, «el rayo-en-mano», «el que blande el rayo», un ser divino que acabará teniendo en el budismo un papel como divinidad protectora, cargada de poder. Un dios de la India védica, Indra, es, como Zeus, portador del rayo. Tampoco en esto Vajrapani se siembra sobre la nada.

Lo crucial, lo fundamental ahora es no perder la sorpresa. Y es bueno quizás añadir algunas claves y algunas sorpresas más. Ni el tema ni el relieve son una excepción. Buda aparece acompañado de Heracles-Vajrapani en muchas representaciones del norte de la India y del Asia central, en particular.

No es solo que tengamos a Heracles y Buda, y a un Heracles que ya ha sido integrado en parte como quien era y en parte como otra cosa. Basta mirar las telas de las ropas de los personajes, en especial la más evidente, la túnica de Buda, para saber que estamos viendo una obra que se desarrolla con todas las claves del arte grecorromano. Tampoco las hojas del árbol desmerecerían la decoración de un capitel.

Esta obra fue hecha alrededor del siglo II y no en Grecia precisamente, sino en la zona de Gandhara, en el noroeste del subcontinente indio. Era parte de la plasmación formal del encuentro de mundos del que trata este libro. Es coetánea de nuestras tres miradas.

No debería extrañar que esté allí. Si tomamos la referencia temporal del comienzo del proceso de globalización que nos sirve de eje en la segunda mitad del siglo II a.e.c., había habido ya para entonces mucho tiempo para que proliferaran ciudades, ciudadanos y arte griegos en el noroeste de la India y en el Asia central. Recordemos que Alejandro Magno funda ciudades allí en el último tercio del siglo IV a.e.c. Y esa globalización, como era lógico esperar, lo multiplica todo.

Es este Buda indio vestido de formas grecorromanas el que llegará a China por una Ruta de la Seda que lleva ya siglos funcionando.

No hay quizás mejor manera de introducir lo que quiero contar en este libro.

Si necesitas más información, puedes contactar con:

**Elena Palacios**

[epalacios@siruela.com](mailto:epalacios@siruela.com)

Tel.: 91 355 57 20